

MARÍA GABRIELA MÉNDEZ PARGA

Egresada de la Escuela Normal del Estado de Aguascalientes, profesora de educación preescolar y directora del área de este nivel educativo en el Instituto de Educación de Aguascalientes. Excelente lectora y extraordinaria amiga que abre las puertas de su casa para compartir el pan y la sal, la música y la alegría. Ella es la mujer que rompió el cerco de La Cofradía como grupo exclusivo de hombres. A partir de ella y de Ofelia Morquecho, Alejandra Bravo y Sarita, el grupo abrió las puertas a la participación de la mujer.

Mi primer encuentro

Mi primer encuentro con la docencia no fue muy afortunado. A mis 18 años, recién salida de la Escuela Normal y con muchos deseos de trabajar, no conseguía plaza de base como maestra; por fin, después de varios meses de ociosidad obligada, me decidí a aceptar un interinato como docente durante tres meses en el municipio de Jesús María, Aguascalientes.

Ah, pero no era un interinato común, era un “interinato pirata”. Sí, “pirata”, porque el profesor al que iba a suplir no pidió su permiso legalmente, es decir, era un permiso sin papeles firmados ante las autoridades de la Secretaría de Educación Pública; lo que podríamos llamar “un acuerdo entre amigos”, aceptado y validado entre el director, el supervisor y el sindicato. “El acuerdo” consistía en que la maestra interina, o sea, yo, no cobraría el sueldo completo, sino solamente la mitad. Pues la otra mitad la cobraría el “profe” titular de la plaza, ya que se iba a trabajar a Estados Unidos como bracero y necesitaba darle ese dinero a su familia mientras durara su ausencia.

Además, hubo otra sorpresa, el citado profesor tenía un préstamo del ISSSTE (Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado) y le descontaban quincenalmente una buena cantidad de dinero, y pues a mí me pagaron la mitad de su sueldo, incluido el descuento. El total por quincena era algo así como 600 pesos, ¡que, para mí, sólo fueron 600 pesos mensuales!

Así pues, yo trabajaría el tiempo completo sólo que a menos de la mitad de la paga. Mi hermana mayor, que siempre estaba a favor de la legalidad y la justicia, me aconsejó que no aceptara semejante “trinquete”, pero yo, arrojada e insensata, y además con arrestos de “apóstol del magisterio”, acepté el trato, argumentando que mi motivación no era el dinero, sino sólo el deseo de ejercer ya mi profesión de maestra.

Cerca de la primavera de 1968 debuté como docente de un 5º grado de primaria en Jesús María, cabecera de dicho municipio, en la Escuela Primaria Federal “Sebastián Lerdo de Tejada”. El primer día de clases mi madre se quedó llorosa y rezando porque su hija, la más pequeña, se fue a trabajar de “maestra rural”. Yo me sentía orgullosa de empezar mi carrera en una escuela pueblerina, pues en ese entonces Jesús María era un poblado pequeño, pobre y retirado. Además, mi trabajo sería sin plaza de base, casi sin sueldo y ¡para colmo, peligroso!... tendría que viajar diariamente por carretera, sola, sin mi mamá... ¡y todo por mi anunciada y presumida vocación de ser maestra!

Las primeras semanas de clases fueron felices, me sentía “la maestra milagrosa” de una película de aquella época. La escuela era humilde, con pocos materiales didácticos, varios maestros y muchísimos niños, casi todos hijos de campesinos, la mayoría venían desde poblados cercanos, unos a pie y otros en bicicleta.

El primer contratiempo que tuve fue que mis alumnos, especialmente los varones, eran muy pocos años menores que yo, había en el grupo varios chicos de casi 15 años, por esa razón, desde el primer día me vieron con “poco respeto”. Cabe aclarar que en ese entonces era muy común en esos lugares que los niños terminaran muy grandes la instrucción primaria, pues sus padres se los llevaban cada año a la cosecha, perdiendo clases y quedándose rezagados.

Como yo era joven y muy inexperta, los alumnos de 5º grado, aunque simpatizaron conmigo, no me obedecían mucho; rápido me tomaron la medida y empezaron a indisciplinarse. Más pronto que tarde fui a quejarme con el director, creo que por alguna travesura propia de su edad.

El citado director, que en honor a la verdad era muy buena persona, de inmediato respondió a mi petición de ayudarme a poner orden. Me solicitó lo acompañara a mi salón de clases, haciendo una entrada triunfal ante el asombro de la chiquillada

que, alborotada, brincaba arriba de los destartalados mesa-bancos. Pero la más asombrada fui yo cuando observé que el director formó en fila a todos los varones, se quitó el cinto que sostenía su pantalón y ante mi estupor comenzó a pegar con él a cada uno de ellos mientras los arengaba con voz sonora.

Los niños, sumisos y callados, volvían a su mesa-banco sin proferir protesta alguna, tal vez demasiado acostumbrados a esta práctica, ¡pero yo no! Éste fue mi primer encuentro con un tipo de castigo que sólo había conocido en los libros de historia de la educación.

Casi llorando me acerqué al director a suplicarle que suspendiera la paliza. Mis alumnos me miraban con ojos de agradecimiento y el director, muy molesto, me jaló hacia afuera del aula, donde recibí una buena reprimenda de mi superior por haberlo desautorizado ante los niños. Al día siguiente esperé ansiosa la multitudinaria queja y protesta de los padres de familia de mi grupo, pero nadie apareció por la escuela y de ese incidente nadie volvió a hablar, y pues... ¡mucho menos yo!, que fui la provocadora de semejante zafarrancho. Ah, pero eso sí, mis alumnos jamás volvieron a jugarme bromas o travesuras y mucho menos a desobedecer mis indicaciones; cosa más extraña aún, me gané su respeto y su cariño.

Así fueron pasando más semanas, pero, más tarde, hubo otro encuentro que jamás había tenido en toda mi vida. María era una pequeñita flaca y desnutrida, de tez muy morena y cabellos parados de mugre. Era muy callada y le costaba trabajo realizar las actividades escolares. Una tarde, al salir de clases, íbamos a ensayar los bailables propios del cercano Día de la Madre; ella no había sido elegida como integrante del baile, pues el director me dijo que su familia era muy pobre y no tenían dinero para confeccionarle el vestido típico. Así que solamente las niñas más adineradas del grupo habían sido escogidas para el evento. Esa tarde se me acercó María y con voz muy apagadita me pidió que le permitiera reemplazar en la

coreografía a una niña que esa tarde no había asistido a clases. Le contesté afirmativamente y con mucha alegría la pequeña se integró a bailar. Cuando ya empezaba a oscurecer terminamos el ensayo. María estaba agitada y sudorosa, pero muy contenta; la había visto reír y brincar sin parar al compás de un son jalisciense. Cuando ya todos se iban, ella se negaba a retirarse de la escuela. Al fin, nos despedimos en la puerta, la vi retirarse solita y corriendo, ella camino a su casa y yo con rumbo a Aguascalientes.

A la mañana siguiente, al llegar varios niños y compañeros maestros, me recibieron en la entrada del plantel, sus caras eran tristes y consternadas. Había una mala noticia... ¡María había muerto la noche anterior! Ese día ya no hubo clases en la escuela, después de hacer una colecta, todos fuimos a acompañar a María. Su casita tenía piso de tierra y era de adobe. Estaba llena de flores blancas: margaritas y nube. María descansaba serena en una cajita blanca. Su mamá me dijo que murió al poco rato que llegó de la escuela, se cayó como fulminada y ellos creían que fue del corazón; para mi consuelo o mi desgracia me dijo que la niña llegó feliz porque su maestra le había permitido bailar casi toda la tarde con sus compañeros.

Cerca del medio día la llevamos a pie, entre la tierra suelta, al único panteón del pueblo. Íbamos todos los maestros, los niños, el director y los solidarios vecinos, también un grupo de improvisados mariachis que cantaban "...al cielo, al cielo, al cielo quiero ir". Adelante, abriendo el cortejo, se lanzaban cohetes a las alturas, simbolizando su alma de niña que partió al cielo. Todavía me duele recordar, fue la primera vez que vi de cerca a la muerte.

Por eso digo que mi primer encuentro con la docencia fue desafortunado, porque empecé a vivir experiencias dolorosas que me marcaron para siempre; sin embargo, al final me demostraron que yo tenía razón, lo más importante no fue la paga que me dieron como maestra, sino haberme acercado y sensi-

bilizado al sufrimiento, al castigo, a la injusticia y a la muerte. Desde entonces nunca volví a ser la misma que llegó a Jesús María a cubrir un “interinato pirata”.

A mi padre

Lo conocí a los cinco años.

Cuando lo encontré 20 años después, bien sabía quién era, tenía su imagen guardada desde hace tanto tiempo, desde que lo vi llegar aquella mañana desde la ventana, frente al Jardín de San Marcos; me abrazó tan fuerte que nunca un hombre volvió a abrazarme igual. Anoche sentí sus brazos, yo cerré los ojos y quise evocarlo, pero ya no pude, él se diluyó a los cinco años cuando se fue. Cuando volví a verlo, ya no era él, nunca volvió a ser él... y acaso todos han sido él y él no ha sido ninguno, ni siquiera fue capaz de volver a ser mi padre.

Anoche me regaló su pluma, con ella estoy escribiendo; quiso ser su despedida, pero ignora que se despidió hace mucho, cuando yo tenía cinco años. Cuando supe de él, también me envió una pluma, ni siquiera se atrevió a entregármela; la de entonces era dorada, la de ayer es azul. La dorada era un puente de encuentro, la azul quiso ser un puente de olvido. Las dos han servido para lo único que me las dieron, para escribir sobre el gran vacío que me dejaron. Las dos han sido símbolo de desencuentro, como desencuentro ha sido siempre él... ellos... todos. Todos dejaron su marca de alguna manera, sólo siento que a ellos no les dejé mi huella, pues a ninguno llegué a conocerlo, pero ninguno tampoco me conoció; yo tuve una única imagen de todos, ellos tuvieron tantas imágenes de mí. Qué curioso, ellos fueron varios y yo siempre fui la misma, la misma buscando al mismo, él perdiéndose en todos y, al final, él perdiéndose en mí.

Cuando lo contemplo no se parece a sí mismo, ni sus ojos son sus ojos ni sus manos son sus manos, acaso sólo sea su voz... aquélla que me leía “El príncipe feliz” o la que quedó grabada... “Por la manchega llanura se ve la triste figura de Don Quijote pasar”.

¿Dónde está él ahora?

Donde se unen el amor y el odio, el deseo y el rechazo, el bien y el mal. Donde se unió a los demás y donde nunca se han encontrado, el lugar donde ellos son iguales y donde ninguno se parece al otro. Uno sólo tiene tres años, es dulce, suave y luminoso; otro pronto cumplirá setenta años, tiene escaso cabello y sus ojos están cansados; de otro he olvidado su rostro y sólo al verlo reflejado en el niño parece que lo conozco; existe otro al que quiero porque me miré en sus ojos y, como Narciso, amé mi reflejo en su espejo o tal vez sólo amé su reflejo en mis ojos. ¡Todos son iguales y todos tan diferentes! Están todos tan adentro y nunca ninguno entró, su lugar siempre se quedó vacío. ¡Esperando al que nunca llegó!

Recuerdo el día en que llegó a mi casa, traía consigo todo el sol de la mañana, igual al sol que había en mi vida. Al verlo sabía que lo había encontrado, como también sabía que ese día lo perdería, porque sólo lo vi un instante, instante que duró toda mi vida.

Aquella mañana lo vi llegar, caminar, hablar; por fin tenía voz aquel murmullo, tenía rostro aquel sueño y brazos aquel deseo. Mi nombre en sus labios se volvió nacimiento, pues nunca antes lo había pronunciado; él, que me dio el apellido, no sabía ni siquiera mi nombre. Él no me vio nacer, pero me trajo al mundo ese día, cuando lo vi por mi ventana. Ése fue el día que nací al amor del hombre, pero también el día que conocí lo único que de él tendría, el eterno desamor del padre.

Nací cuando tenía cinco y él llegó, morí al amor cuando tenía cinco años y se fue. Ha sido una vida tan corta que ha durado tantos años, ha estado tan plena de ellas: madre, abue-

la, hermana, tías, amigas, guitarras, macetas, lunas, noches, rayuelas, magas, ilusiones, esperas y lejanías... pero ha estado tan vacía de él: padre, amigo, hermano, árbol, abrigo, libro, arroyo, mezquite, puente de París, camino de Alejandría, Cerro de las Campanas.

Ha cruzado tantas veces por mi vida y jamás se ha querido quedar, como no se quedó cuando yo era niña. Afuera lo esperaban ¡tantas cosas!, copas, risas, caminos, amores, puertos de Veracruz; conmigo sólo estaba mi soledad esperándolo y, claro, era tanto contra tan poco; como poco le parecieron mis risas y poco sintió mis abrazos, como nada fueron mis besos y nada fue lo que yo era, tan poco que ni siquiera fui un hilo, ni siquiera un lazo, mucho menos una cadena; pesé tan poco en su vida, que su vida fue ligera, tan ligera que nunca sintió mi ausencia, por eso nunca volvió, pues sus pies corrían sin dejar huella y cuando quiso detenerse y volver, el camino se había perdido y con él me perdía yo. Cuando lo busqué, yo pesaba en otros hombros y él ya no pudo mi peso llevar, ahora mis hombros llevan otros pesos y él ya no puede más pesos llevar.

¿Quién es él? Me he preguntado.

El que amó y sí fue amado, el que pudo ser y se quedó en sueño, el que es y sigue siendo un sueño, el que llegó primero y no se fue nunca, el que llegó tarde y recibió lo primero, el que no tenía derecho y recibió lo mejor, el que nació con todos los derechos, el esperado, el deseado, el que tenía mis ojos, el que me dio sus rasgos, el que me hizo daño, el que nunca me dio una caricia, el que dio las caricias tarde, el que nunca quiso caricias, el que mintió, el que se cansó, el que olvidó, el que quedó desolado, el que nunca llegó... el siempre amado, el nunca olvidado.

Porque nunca se quedó el amor de mi infancia, porque se fue sin mirarme... el que todo tenía y todo perdió, el que vino y se fue, el que lee versos, el que escribe, el que sonríe, el que recuerda, el que sueña, el que esperó y no tuvo, el que tuvo sin esperar, el que dio y no recibió, el que recibió sin dar, el que de-

bía y no pagó, el que pagó sin deberla, el que murió sin mirarlo, el que quedó en mi recuerdo, el que amó sin ser amado, el que supo que fue amado y lo amaron porque sí... ¡él, siempre él!

Cuando lo encontré mis ojos lo buscaron en aquel lugar lleno de gente, ya no había sol ni había mañana, acababa de entrar a mi vida la tarde, como tarde era para buscarlo, pero quise saber qué se sentía mirarlo, aunque tarde fuera. Así, a media tarde nos pusimos a llorar, a llorar “por la leche derramada”, decía él. ¡Por lo que nunca se debe llorar... por lo perdido!

Pero si sólo pérdidas teníamos... ¿entonces, por qué llorábamos? Así que lloramos por el día en que nací y no estuvo, por el día en que grité y no me oyó, por las veces que lo llamé y no vino, por las noches que lo soñé y no lo supo, por el amor que regalé, por el rencor que destilé, por el perdón que le otorgué...

Lloramos tarde, toda una tarde por lo único que poseíamos... ¡por lo perdido!

